



Inmaculada Concepción 2010

El pecado del hombre no podía dejar frustrado el designio del amor creador de Dios. Para restaurar su imagen desfigurada en el hombre, Dios hizo la primera promesa de Victoria, que surgiría de la misma descendencia de Eva (Gen 3,15).

Los profetas anunciaron después que esta promesa se habría de realizar en la Virgen que dará a luz al Hijo que se llamará Enmanuel (Is 7, 14; Miq. 5,2-3; Mt 1,22-23).

Estas promesas encontraron su cumplimiento cuando María, la Virgen de Nazaret, fue elegida y bendecida por Dios para ser la Madre de su Hijo. Cuando el Espíritu Santo toma carne de María, y la transforma en humanidad perfecta del Hijo de Dios, llega a su plena realización el designio salvador del Padre respecto de sus hijos dispersos por el pecado. El Hijo de Dios nacido de María ha venido para rescatar a los que estábamos bajo la Ley y hacernos partícipes de su condición de Hijo, a fin de que por la comunión con él seamos santos e irreprochables ante el Padre en el amor.

El Espíritu Santo ha iluminado el sentido de fe de los fieles y, en comunión con los pastores de la Iglesia, los ha mantenido a lo largo de los siglos en la firme convicción de que Dios ha llenado a María con su gracia y, por los méritos del que sería su Hijo, la ha redimido de modo eminente y la ha preservado de la herencia del pecado original, que consiste en la privación de la santidad y la justicia que Dios había otorgado al hombre en el origen. Así, desde el comienzo de su existencia, María ha participado plenamente de la salvación de Cristo. Por ello, en cada celebración anual de la Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María damos gracias a Dios y confesamos que en María ha dado inicio a la nueva era de gracia, y ha cumplido su promesa de dar a la descendencia de Eva la victoria sobre el mal y el pecado.

El texto de la carta a los Efesios nos ayuda a comprender cómo Dios ha llevado a cabo su obra de plena santificación en María. A ella, con más razón que a nosotros, Dios la eligió en Cristo, antes de la creación del mundo, para que fuese santa e irreprochable ante él por el amor. Con más razón, porque Dios nos ha destinado a nosotros en Cristo a ser sus hijos, es decir, descendientes y herederos; mientras a María la destinó a ser su Madre, es decir, ascendiente y origen de su naturaleza humana. Y esta ascendencia implica precedencia de naturaleza y de tiempo respecto de Jesús, el hombre santo Hijo de Dios, concebido por obra del Espíritu Santo. Jesús recibe su humanidad santa de la humanidad inmaculada de María, llena de la gracia de Dios. Y todo ello por obra de Cristo; porque, según la carta a los colosenses, *“en él fueron creadas todas las cosas”...* *“y todas tienen en él su consistencia”*; *“todo lo ha creado Dios por él y para él”* (Col 1, 16-17).



A María, para ser digna Madre de su Hijo, Dios la ha preservado del pecado original y la ha hecho inmaculada y santa. A nosotros nos ha elegido en Cristo a ser sus hijos por adopción y nos ha dado su Espíritu para que vencamos en la lucha contra las tendencias de la carne.

Los efectos del pecado original en los bautizados

Los renacidos del agua y del Espíritu experimentados a diario una gran dificultad para llevar a cabo el ideal de vida que corresponde a nuestra fe. Tenemos como ideal de vida el amor y no somos capaces de vencer el egoísmo. Como decía el Apóstol Pablo: estamos interiormente divididos y no hacemos el bien que queremos, sino el mal que no queremos. Llevamos en nuestra naturaleza humana las consecuencias de lo que llamamos pecado original.

La cultura moderna ha querido resolver las rupturas entre los ideales y la realidad de la vida del hombre eliminando uno de los polos que la originan, es decir, rechazando toda verdad que reclame validez incondicional y permanente para la existencia humana. El hombre aseguraría así la autonomía de su libertad, no vinculada por ninguna verdad exterior. El hombre sería por fin como Dios en el conocimiento del bien y el mal y no tendría necesidad de someterse a sus juicios. El árbol de la ciencia del bien y del mal, plantado en el centro del paraíso, pasaría a ser propiedad del hombre. El paraíso mismo habría comenzado a ser creación libre del hombre, sin referencia alguna a Dios. Pero este paraíso no se ve por ninguna parte. Y la ceguera ante la realidad es acaso la manifestación más actual y fatal de las dramáticas consecuencias del pecado original.

La santidad inmaculada de María

Sobre la concepción de María sin pecado original no hay afirmaciones explícitas en la Revelación divina. Pero la Escritura nos ofrece referencias de una actuación de María que, igual que las obras de Jesús, da testimonio de absoluta fidelidad a la voluntad del Padre y de estar libre de la ruptura y división interior que angustia a la generalidad de los humanos. En principio habría sido posible que una persona a la que Dios preguntó si quería ser la Madre del Redentor hubiera contestado con un “sí” a medias o de forma negativa. Pero en la Sagrada Escritura no se manifiesta ninguna actuación de María en la que pudiera verse alguna de las consecuencias del pecado original, tales como el abismo entre aquello que queremos y aquello que hacemos efectivamente.

Por fidelidad a sus promesas y al compromiso de su Alianza con Israel, Dios lleva a perfección en María con su gracia la esperanza del Antiguo Testamento acerca del “resto santo” que hace la voluntad de Dios. María es ese “resto santo”, que testimonia que la Alianza de Yahvé con Israel no es un fracaso total, sino que es fielmente cumplida. Así lo testimonia el Evangelio de Lucas en la escena de la



anunciación, cuando refiere la respuesta de María: “Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”.

En María se ve claro que ella es enteramente obra del Señor; y sin embargo, se puede decir también de María que ella, como judía fiel a la Ley, es enteramente santa, en el sentido de la entrega libre de su voluntad a la voluntad de Dios por amor. María carecía de pecado, y siguió estando sin pecado; por tanto, también sin aquella escisión interna que hace que todo nuestro decir, pensar y actuar sean imperfectos.

Los Padres de la Iglesia llaman a María la «nueva Eva», porque ella, a diferencia de la primera Eva, dijo «sí» en vez de decir «no». Así como el primer pecado, es decir, el primer «no» de un ser humano, tuvo consecuencias para todos los descendientes, lo mismo sucedió a la inversa con lo que es totalmente lo contrario del pecado: con el « sí» de María, que fue un « sí» perfecto, que no estaba limitado por ninguna división interior. María, en la hora de la Anunciación, en la hora de la gran decisión de su vida, pronunció un sí absoluto y total a Dios en representación nuestra. Ella está como nuestra madrina junto a la pila bautismal de nuestra propia redención. Ella es, para todos los seres humanos, la puerta de acceso al Redentor, desde el momento en que ella se convirtió en la puerta de acceso del Redentor para llegar hasta nosotros los pecadores. María es «imagen primordial de la Iglesia» que da su sí fiel a su Señor.

Todos los hombres, también los redimidos por Cristo, estamos marcados por la herencia del pecado de Adán, que permanece en nosotros como un resto del hombre viejo. Por ello llevamos en nuestra naturaleza la escisión entre el ideal y la realidad, que se hace más profunda por cada pecado personal añadido. Pero si al menos tratamos de pronunciar, a imitación de María, el “sí” que ella pronunció y decimos más a menudo “sí” que “no”, seremos con María integrantes del “resto fiel” que anhela el Adviento de Dios. Cuando en todas las circunstancias de la vida amamos la voluntad de Dios más que la nuestra y ofrecemos al Señor el sacrificio de nuestra libertad, para seguirle con total fidelidad, estamos diciéndole en verdad como María: “Hágase en mí según tu palabra”. Así se hace realidad en nosotros la santidad de vida en el amor, para la que el Padre nos eligió en la persona de Cristo antes de la creación del mundo.

Salamanca, 8 de diciembre de 2010